

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Calle en Palencia.

A la izquierda, la fachada posterior de la casa de don Gil. Puerta en el centro con tres escalones que bajan á la calle. La casa hace esquina á otra calle, practicable también.

A la derecha, la fachada principal del Convento.

Súbese á la puerta por amplia escalinata. Las últimas gradas quedan bajo el atrio.

De la iglesia arranca hacia el fondo, torciendo un poco á la izquierda, la tapia del huerto, sobre la cual se distinguen las copas de los árboles.

En el extremo de la fachada de la iglesia, inmediato á la tapia, una imagen de Cristo, alumbrada por un gran farol.

Está agonizando el día. Poco después reina la noche, tranquila y espléndida. Sobre la fachada de la iglesia y sobre el huerto da de lleno la claridad de la luna.

ESCENA PRIMERA

GAVILÁN y CORO.

Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Por la puerta del templo, abierta de par en par, se escapan resplandores de cirios. Oyense las últimas notas de un responso.

Después el Coro empieza á salir de la iglesia, dividido en grupos, y en actitud de gran recogimiento.

GAVILÁN sale casi el último, y mientras canta el Coro permanece aparte, abstraído y meditabundo.

CORO. ¡Qué terrible suplicio!
 ¡Cuánto sufrir!

¡Dios lo tenga en su gloria!
 ¡Pobre don Gil!
 ¡Qué fin tan amargo!
 ¡Don Juan sin volver,
 y siempre su padre
 soñando con él!

REQUIESCAT IN PACE.

UNOS. ¡AMÉN!

OTROS. ¡AMÉN!

TODOS. REQUIESCAT IN PACE.

¡¡AMÉN!!

Retíranse lentamente por el fondo y por la calle practicable.

ESCENA II

GAVILÁN, UN SACRISTÁN DEL CONVENTO Y EL CAPELLÁN DE LAS MONJAS.

Sale el SACRISTÁN á la puerta de la iglesia con un gran manajo de llaves, que suena al moverse aquél. Cierra una hoja de la puerta, y en cuanto la encaja, aparece en el umbral de aquélla el CAPELLÁN. El SACRISTÁN lo saluda con una gran reverencia. Baja el CAPELLÁN, cruza la escena, siendo saludado á su paso por GAVILÁN muy respetuosamente, y desaparece por la calle practicable.

El SACRISTÁN concluye de cerrar la puerta, echa la llave y cruza á su vez la calle en la misma dirección que el CAPELLÁN.

ESCENA III

GAVILÁN.

¡Pensar que en un año
 corrí medio mundo,
 y al cabo tenía
 su muerte que ver!
 ¡Don Juan lo ha matado
 más bien que sus males;

su ingrato abandono,
 su olvido cruel!

—
 ¡Don Juan! ¿Es que existe
 Don Juan, por ventura?
 ¿Qué selva lo guarda?
 ¿Qué monte? ¿Qué mar?
 ¿Por qué testimonios
 no da de su vida?
 ¿Qué busca, y en dónde?
 ¿Qué fué de Don Juan?

—
 Parece que salgo
 de un sueño terrible.
 ¡Qué noche mi noche
 fatal en Madrid!
 ¡Después, qué tormentos!
 Acá me persiguen...
 Allá me aprisionan...
 Me salvan allí...

—
 Por mal de mis culpas,
 á tantas tristezas
 bien pronto debía
 venir á parar.
 ¡Ya estoy castigado!
 ¡Sin plumas, ni garras..!
 ¡Desecho del mundo..!
 ¿Lo ves, Gavilán?

ESCENA IV

DON JUAN y GAVILÁN.

DON JUAN aparece por el fondo, humildemente vestido, y en actitud recelosa. GAVILÁN, que se ha vuelto, lo ve aparecer á la luz de la luna.

GAVILÁN. Asombrado. ¡Es él! ¡Es él!

DON JUAN. Precipitándose hacia *Gavilán* y abrazándole.

¡Tú! ¡Ven á mí!

GAVILÁN. ¿Qué fué de vos?

DON JUAN. ¿Qué fué de tí?

Separándose de Gavilán.

¡Tu rostro se demudó!

¡Llama! ¡Pronto!

GAVILÁN. Trémulo y confuso. ¡Don Juan!..

DON JUAN. ¿No ves que la impaciencia consumiéndome está?

Gavilán no se mueve.

DON JUAN. Como atormentado por una idea súbita.

¿Esas gentes que salían..?

¿Esos cantos funerales..?

¿Esas lágrimas que viertes..?

Dirigiéndose precipitadamente hacia su casa.

¡No! ¡No! ¡Padre! ¡Padre! ¡Padre!!

GAVILÁN. Saliéndole al paso. ¡Señor... Señor..!

DON JUAN. Cogiéndole de un brazo é interrogándole con la mirada ansiosamente.

¡Habla!

GAVILÁN. ¡Rogad por él!

DON JUAN. Con expresión terrible. ¡Oh!

¡Qué miserable he sido!

¡Qué miserable soy!

Ven. Dímelo. ¡Todo!

Sin dudas. Sin miedo.

GAVILÁN. Yo vine ha tres días...
le hallé casi muerto..!

DON JUAN. ¿Pensó en mí? ¡No mientas!

GAVILÁN. Señor: ya no miento.
Su mal nunca tuvo
más nombre que el vuestro.
Murió... de tristeza.

Murió... ¡de no veros!

DON JUAN. ¡Qué infamia la mía!

¡Qué crimen tan negro!

Viento de maldición, en noche infausta
me sacó de Madrid.

No me asustaba la Justicia. Nunca
sus rigores temí.

Me espantaba más bien que adivinaba
un triste porvenir,

de lágrimas, de celos, de zozobras...

¡Y de la corte, sin dudar, huí!

—
Pronto la vida me encantó de nuevo.

Pronto volví á mi ser.

Y Granada y Sevilla celebraron
mis triunfos otra vez.

Pronto de mi renombre en nuevas lides
los lauros aumenté.

Pronto fueron mis dóciles esclavas
la fortuna, la gloria y la mujer.

—
Pero un día, por fin, con voz terrible
la conciencia me habló.

Y en medio del espanto de mi vida,
en medio de su horror,

tan sólo dos imágenes surgieron
 ante mis ojos, ¡dos!
 mi padre... ¡pobre padre!.. y ¡Margarita!
 ¡La paz de la existencia, y el amor!

—
 Y entonces, soñando
 con dichas honradas,
 dudando y venciendo,
 la vuelta emprendí.
 «Mi padre—decía—
 de hijo me espera.
 Quizás Margarita
 suspira por mí.»

—
 «Quizás la librarón
 de aquellas torturas.
 Quizás á Palencia
 con vida volvió.»
 Si muchas mujeres
 amor me mintieron,
 ¡tan sólo por ella
 conozco el amor!
 «¿Qué ha sido—clamaba
 mi amor despertando—
 ¿qué ha sido en el mundo
 de aquella mujer?»
 ¿Por qué palideces,
 y tiemblas de nuevo?
 Responde. ¿Qué sabes?

Con voz terrible,

¿Ha muerto también?

GAVILÁN. Calma, calma, Don Juan. Aquel Don Lope
 de su herida curó. Y al fin Sirena
 lo abandonó también. Desengañado,
 quiso Don Lope sepultar la historia,
 bajo tierra de olvido, para siempre.
 Y merced á su nombre y su fortuna
 lo pudo conseguir. Y Margarita
 salió de sus prisiones...

D. JUAN. ¡Ah! ¡Malditos!
 ¡Y más que todos yo!

GAVILÁN. Su misma suerte.
 poco después seguí. Buscarla quise;
 pero todo fué en vano. Margarita
 escapó de Madrid, sin que dejara
 ni la huella más leve de su paso.

Misteriosamente.

Nadie en la corte adivinó el origen
 de la infame aventura. Nadie supo
 quién era Margarita.

D. JUAN. ¿Nadie?

GAVILÁN. ¡Nadie!

D. JUAN. Ah! pero en cambio aquí ¡Tiembo de espanto!
 ¿Por qué vuelvo, sino, como un bandido
 que de las gentes huye?

GAVILÁN. Pues, tampoco
 se sabe nada aquí. Ni vuestro padre
 siquiera lo sabía.

D. JUAN. ¡Tú has perdido
 la cabeza también!

GAVILÁN. Todos me juran
 que Margarita, la tornera, sigue
 tornera siendo, y que jamás, ¡ni un día!,
 dejó sus llaves, ni faltó del coro.

Tú sabes mi pena:
que en vano pretendo
matar mi pasión;
que siempre le adoro,
que nunca le olvido...
¡Piedad, Madre mía;
clemencia, por Dios!
¡Yo siempre enviábate
soñando contigo,
mi ardiente plegaria,
la misma que aquí!

Oyense, dentro, ténueamente celestiales acordes.

¡Jesús! ¡Virgen Santa!
¡Qué voces angélicas!
¡Perdón, Madre mía;
perdóname!

Voz. Dulcísima, dentro. ¡Sí!

Margarita quédase en honda meditación. Vaga por sus labios inefable sonrisa.

D. JUAN. Dando un paso hacia *Margarita*.
¿Deliro? ¿Qué inmenso
poder sobrehumano
me humilla? ¿Qué mano
detiéneme?... ¡No!

Vuelve á quedarse inmóvil y absorto.

MARGAR. Subiendo la grada del pórtico.
Piedad. ¡Virgen Santa!
que llamo á tu puerta.

Disponiéndose á llamar.

Mas no, que está abierta,
¿qué mano la abrió?

La puerta ábrese. *Margarita* detiénese un punto, asombrada.

D. JUAN. Sin apartar sus ojos de *Margarita*.

Ya no duda,
¡quiere entrar!

MARGAR. ¡Qué descuidol
¿Qué será?

¡Más á punto no la abrieran
si las monjas me vinieran
á esperar!

¡Nadie asoma!
¡Nadie vienel
¿Qué será?

Mira hacia el fondo de la iglesia recelosamente, después vuelve sus ojos hacia la calle, y ve, de pronto, *Don Juan*.

¡Oh!

D. JUAN. ¡Sí! ¡Sí! ¡Margarita!

¡¡Margarita!! Yendo hacia ella.

MARGAR. Bajando á la calle como para precipitarse en brazos de *Don Juan*.

¡Don Juan!

Margarita, antes de llegar á *Don Juan*, se detiene de pronto.

D. JUAN. ¡Cuán pálida y triste!
¿qué ha sido de tí?

MARGAR. ¡Don Juan! ¡Desgraciadol
¿qué buscas aquí?

Margarita, apártase aún más de *Don Juan*.

D. JUAN. ¿De mí te apartas...

MARGAR. Aparte. (¡No, no es un sueño!)

D. JUAN. ...hoy, *Margarita*,
que al fin te encuentro?

MARGAR. Desde la noche infausta
de mi prisión funesta,
¿no sabes tú mi angustia?
¿no sabes tú mis penas?

D. JUAN. Desde que á Dios le plugo
llamar en mi conciencia
fué inútil mi constancia
para buscar tus huellas.

MARGAR. Vagué por los caminos
sin pan y sin vivienda;
de angustia y de fatiga
tuviaeronme por muerta.

D. JUAN. Perdida la esperanza,
muriéndome de pena,
hoy, al cerrar la noche,
gané por fin Palencia.

MARGAR. Después oyó mi alma
no sé qué voz secreta;
soñé con el refugio
tranquilo de mi celda.

D. JUAN. Mi padre, Margarita
murióse de tristeza;
tú sola me quedabas,
¡y tú de mí te alejas!
Con acento de ardiente súplica.

¡Por Dios, Margarita!

MARGAR. No llores, no llores.

D. JUAN. ¡Por Dios te suplico
que no me abandones!

*Margarita, después de un nuevo impulso que la
acercó á Don Juan, retrocede otra vez.*

Atormentado por mis culpas
mi padre acaba de morir.
Sobre la tierra ya no tengo
mas que un amor: mi amor á ti.
¡Ay, que tu sola me has querido,
santa mujer; ninguna más!

¡Ay, Margarita, de mi alma,
no me abandones, por piedad!

MARGAR. Atormentada por mi culpa,
casi arrastrándome, llego aquí.
Sobre la tierra no he tenido
más que un amor: mi amor á ti.
Pero es forzoso que me olvides.

Hoy reclamándome Dios está
¡Desde su templo! ¡Desde mi claustrol
¡No me detengas, por piedad!

D. JUAN. Con acento de suprema angustia.

¡Margarita de mi alma!

MARGAR. ¡No, Don Juan!

D. JUAN. Extendiendo sus brazos hacia ella.

¡Margarita de mi alma!

MARGAR. ¡Nunca más!

Vacila un momento y cae en brazos de *Don Juan*.

¡Ah!

D. JUAN. Así, en mis brazos,
¿te acuerdas? Yo
te revelaba
mi inmenso amor.

MARGAR. Así, en tus brazos,
me sorprendió
por vez primera
mi inmenso amor.

Queriendo desasirse. ¡Oh!

D. JUAN. Reteniéndola. ¡No! Con ternura.

Yo contemplándote
me embelesaba;
tú con los ojos
me sonreías;
quedo, muy quedo,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940-1928 MONTERREY, MEXICO

yo te llamaba,
y tú en mis brazos
¡al fin caías!

MARGAR. Con pasión, Y yo mirándote
me embelesaba,
soñando siempre
que me querías;
sobre tu pecho
me confiaba,
y entre tus brazos
¡me sostenías!

D. JUAN. ¡Cómo te quiero!
¡Con cuánto afán!

MARGAR. ¡Cómo te quise!
¡Cuánto, Don Juan!

Oyense de pronto celestiales acordes. *Margarita* los escucha con éxtasis y se aparta rápidamente de *don Juan*.

¡Oh!

D. JUAN. ¿Me abandonas?

VOC. ANG. Dentro. ¡Ven!

¡Vuelve á mí!

MARGAR. ¿Qué misteriosas
voces oí?

VOC. ANG. Dentro. ¡Ven!

MARGAR. ¡Oh!

D. JUAN. Implorando. ¡Mi vida!

¡Mi único bien!

MARGAR. ¡Dios me reclama!

VOCES. Dentro. ¡Ven!

MARGAR. ¿Oyes?

VOCES. Dentro. ¡Ven!

Margarita sigue extática y retrocede dos ó tres pasos hacia el Convento, pero sin volver la espalda á *don Juan*.

D. JUAN. Si tú sola me puedes salvar,
¿qué va á ser de mi vida sin ti?
Si me falta en el mundo tu amor,
¿qué va á ser, Margarita, de mí?

MARGAR. No; tú solo me puedes perder;
no, don Juan; no me apartes de aquí.
Si me vencen tu amor y mi amor,
¿qué va á ser para siempre de mí?

VOCES. Dentro. ¡Ven!

MARGAR. ¡Oh!

D. JUAN. ¡Mi vidal

¡Mi único bien!

MARGAR. ¡Dios me reclama!

VOCES. Dentro. ¡Vuelve á mí! ¡Ven!

MARGAR. Revelando la horrible turbación de su espíritu, se acerca á *don Juan*.

¡Contigo queda
mi corazón,
ay, pero el alma
la debo á Dios!

D. JUAN. ¿Sin ti?

¡Jamás!

MARGAR. ¡Adiós,
Don Juan!

En un arranque de pasión.

¡Para dejártelo,
quisiera yo
que me arrancarás
el corazón!

D. JUAN. ¿Sin ti?

¡Jamás!

MARGAR. ¡Adiós,

Don Juan!

Don Juan la sujeta entre sus brazos,

¡Ah!

VOCES. Dentro. ¡Ven!

Margarita intenta desasirse y *don Juan* la detiene

D. JUAN. ¡Jamás!

¡Por Dios!

Como antes.

MARG. ¡Ah!

VOCES. Dentro. ¡Ven!

MARG. Separándose de *don Juan*, como impulsada por poderosa inspiración.

¡Atrás!

Don Juan permanece como anonadado, pero extendiendo sus brazos hacia ella. *Margarita* sube la escalinata rápidamente y volviéndose hacia él, canta:

¡Adiós!

Entra y rápidamente ciérrase la puerta tras ella.

Dentro. ¡¡Adiós!!

Don Juan precipitase hacia el convento, sube la escalinata, forcejea inútilmente para abrir la puerta y cae sobre las gradas como herido del rayo.

CUADRO SEGUNDO

Interior de la iglesia del Convento. Al fondo el altar mayor, con amplio presbiterio, separado de la nave por una baranda, según costumbre. En el centro de la baranda una puerta, para bajar á la nave, por una gradería de cinco escalones. A derecha é izquierda otros altares, y, sobre ellos, á un lado y otro, altos ventanales con vidrios de colores. A la izquierda, en primer término, amplia puerta de proporciones majestuosas, y arquitectónico y bello conjunto, da paso al claustro, del cual deberá verse el arranque ó comienzo. Por esta puerta, abierta de par en par, entra la claridad de la luna como un torrente de luz celestial. Los rayos de la luna filtranse también por las vidrieras de este lado.

ESCENA VI

MARGARITA.

Aparece, vestida de monja, exactamente como en el primer acto, junto á uno de los altares de la derecha.

Mira á un lado y otro con viva satisfacción, y quédase luego como en éxtasis.

Mirando hacia la alta puerta del claustro.

¡Qué espléndida luna!

¡Qué noche tan clara!

¡Qué cielo tan puro!

¡Parece de nácar!

Absorbiéndose en sus reflexiones.

La puerta del templo

abierta se hallaba...

¡y luego cerróse